

# LA IDEA DE HETEROGENEIDAD RACIAL EN EL PENSAMIENTO POLITICO COLOMBIANO: UNA MIRADA HISTORICA

**Jaime Urueña\***

## INTRODUCCION

Hace unos años la investigadora suiza Aliñe Helg señalaba con rara pertinencia un aspecto poco conocido y muy poco estudiado de la vida política y cultural colombiana: la cuestión de la utilización frecuente de argumentos etnorraciales para justificar jerarquías sociales y explicar los problemas del país<sup>1</sup>. La investigadora mostraba la importancia de la cuestión de las razas y del mestizaje en los debates políticos del segundo decenio de este siglo, y llamaba la atención sobre la resurgencia de explicaciones **racialistas** en el debate más reciente sobre la guerrilla y la violencia. "Desgraciadamente, las teorías raciales no han desaparecido", afirmaba la autora, y concluía indicando la continuidad de ese tipo de argumentos desde los años veinte: "la cuestión racial sigue en los espíritus, y no solamente entre los intelectuales de la genera-

ción del centenario. No sería idealista afirmar que, en el caso de un nuevo desmantelamiento nacional, hoy como hace cuarenta años [...] no faltarían nuevos intelectuales para reactualizar la cuestión de la herencia racial de Colombia y de toda América Latina. Ciertos artículos de prensa, que buscan explicaciones estructurales al fenómeno de la guerrilla, ya indican esa dirección"<sup>2</sup>. La autora, sin embargo, limitaba inexplicablemente el alcance de sus observaciones al siglo XX, dejando así de lado toda la importancia de las interpretaciones **racialistas** de la historia colombiana y de sus problemas en el pensamiento político del siglo pasado; pues estimaba que "durante el siglo XIX, los intelectuales se interesaron muy poco por la cuestión racial"<sup>3</sup>. En realidad, ese tipo de argumentos ya hace parte de la cultura política de las élites desde los primeros decenios de la República.

\* Economista, profesor de la Universidad de París, Francia.

1 "Le problème de races et du métis en Colombie dans les années 1920", en **Condor**, No. 2, 1986-1987, Lausanne.

2 **Ibid.**, p. 58.

3 **Ibid.**, p. 52. En razón de los objetivos de este trabajo, distinguimos el racismo (atribución de un valor jerarquizante a un grupo en razón de su pertenencia racial o étnica) del **racialismo** (teoría que se ve en la raza o en los conflictos raciales un factor determinante de la historia social). Sobre estas definiciones, ver B. Massin, "Lutte des classes, lutte de races", en **Des Sciences contre l'homme**, V.I, París, Autrement, 1993. 127-128.

El objeto de este artículo, que intenta resumir algunas de las conclusiones de una investigación más amplia sobre el tema, es doble. Trataremos de mostrar en primer lugar (secciones II y III), a través del estudio comparado de la obra historiográfica de José María Samper y Sergio Arboleda -estudio al que agregaremos algunos comentarios sobre las famosas conferencias de 1928 de Laureano Gómez-, que las tesis **racialistas** ya están bien presentes desde mediados del siglo pasado, como fundamento de argumentos ideológicos coherentes destinados a explicar los problemas políticos, sociales y económicos del país. Así, en realidad, las tesis **racialistas** de los años veinte -y particularmente las de Laureano Gómez—, como su resurgencia reciente, se inscriben dentro de la continuidad de una lógica discursiva que desde el siglo pasado ha buscado explicar la conflictiva política y social colombiana a través del estudio de la composición y de las características etno-raciales de la población. El estudio comparado de la lógica interna de los discursos de Samper y Arboleda (y de Laureano Gómez de 1928) incita, sin embargo, como veremos luego (sección IV), a ver la cuestión en una perspectiva más amplia, y a considerar esos discursos **racialistas** como casos particulares de un tipo de discurso de identidad mucho más general que parece marcar profundamente la cultura y el pensamiento político colombiano. En efecto, desde el siglo pasado hasta hoy, el tratamiento del tema de la identidad nacional parece haber tenido por función primordial, la de servir de hipótesis investigativa y explicativa de las causas de los males del país (la anarquía política, las guerras civiles, el atraso económico, la violencia). Desde ese punto de vista, pues, los discursos raciales tanto del siglo pasado como del actual, aparecen co-

mo casos particulares de un género de discurso identitario más amplio que pretende detectar el origen de los problemas del país por medio del examen introspectivo, es decir, por la búsqueda de características defectuosas (raciales o no) de su población que definirían total o parcialmente la identidad colectiva de los colombianos.

## LA HETEROGENEIDAD RACIAL EN LOS “APUNTAMIENTOS” Y EN EL “ENSAYO” DE SAMPER

En la historia política y cultural colombiana, la cuestión de la frecuencia de tesis **racialistas** es uno de estos temas oscuros y oprobiosos que no parecen merecer estudio detenido y que se esconden bajo el tapiz. La idea que parece imponerse es que los grandes problemas del país han sido y son de orden social, político, económico, y en nada racial-étnicos. Las tesis **racialistas** se ven como fenómenos excepcionales, en medio de una historia colectiva esencialmente marcada por la ausencia de odios inter-raciales. Según Liévano Aguirre, por ejemplo, el equilibrio numérico raza blanca/razas de color habría permitido esa ausencia de odios de casta y de raza y facilitado “una estrecha y amable vinculación entre las clases sociales”, distinguiéndose así Colombia del resto del continente, y en particular de Venezuela, por haber sido desde la Independencia “un islote en medio de las tormentas del hemisferio”<sup>4</sup>; esta “homogeneidad social” habría permitido la “normal convivencia social” y el acatamiento mínimo a “normas abstractas y jurídicas”<sup>5</sup>.

Este tratamiento de la cuestión ha incidido en la comprensión de los tres conocidos ensayos histórico-políticos de José María Samper<sup>6</sup> y

4 Indalecio Liévano Aguirre, “Bolívar y Santander”, en **Curso Superior de Historia (1781-1830)**. V. III, Bogotá, Ed. ABC, 1950, pp. 243 y 260-261. Desde los tiempos de la independencia, dice Liévano, “(...) en Venezuela a los negros, mulatos e indios se les miraba, por las clases sociales consideradas superiores, con una agresividad y desprecio que no existieron en la Nueva Granada, odio y desprecio que habían creado entre los distintos sectores étnicos de la población, un abismo imposible de ser superado por la vía amplia del mestizaje, como ocurrió desde muy temprano en el virreinato granadino’ (*Ibid.*, pp. 242-243).

5 *Ibid.*, pp. 245-246.

6 José María Samper, **Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada**, Bogotá, Ed. Incunable, 1984. Fue publicado, inicialmente, en 1853 (citado en adelante: AIING); **Ensayo sobre las revoluciones políticas**, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969. Fue publicado por primera vez en 1861 (en adelante: ERP).

Sergio Arboleda<sup>7</sup>. Estos ensayos son en general catalogados como historias nacionales "románticas", pre-académicas, orientadas ideológicamente y estrechamente ligadas a los partidos tradicionales; los elementos racialistas de la argumentación son vistos como aspectos secundarios del contenido y de la coherencia de los discursos<sup>8</sup>. Como veremos, este enfoque puramente historiográfico es superficial y deja de lado el verdadero sentido de los ensayos de Samper y Arboleda: en realidad, la base de toda la argumentación y de la inteligibilidad global de las visiones históricas de Samper y Arboleda es la idea de heterogeneidad racial de la población colombiana. Los dos autores se plantean el problema de las "causas" de las revoluciones "endémicas" hispanoamericanas, y ven la clave del enigma en las diferencias etno-raciales de la población<sup>9</sup>. Esos ensayos son pues, ante todo, interpretaciones **racialistas** de la historia colombiana. Para comprobarlo, examinemos sucesivamente los dos ensayos de Samper, antes de estudiar la lógica del discurso de Arboleda y de hacer un análisis comparativo con la visión racialista de Laureano Gómez.

## LA IDEA DE HETEROGENEIDAD RACIAL EN LOS "APUNTAMIENTOS": UN TERRITORIO INGOBERNABLE

En 1853, en sus **apuntamientos para la Historia de la Nueva Granada**, José María Samper propone una primera explicación del enigma de "nuestras revoluciones políticas"<sup>10</sup>. En ese largo ensayo, Samper ya ve las diferencias raciales como una de las "causas" originarias de los problemas del país; también intuye la idea explicativa de una inadecuación entre el carácter racialmente heterogéneo de la población y las instituciones republicanas instauradas. Sin embargo, la diversidad etno-racial es sólo uno de

los aspectos de una heterogeneidad más general, a la vez racial y territorial.

Para Samper, el problema político es la gobernabilidad de una población heterogénea, sin unidad nacional, heredada del régimen colonial. Esta población es social, cultural, étnicamente diversa y antagónica, dispersa en un territorio inmenso, por lo tanto difícilmente apta a aceptar un principio de unidad política. ¿Qué tipo de unidad nacional y qué tipo de gobierno convienen en tales condiciones de heterogeneidad y de inseguridad?, son entonces las preguntas con las cuales busca investigar tanto causas como los remedios al precario funcionamiento republicano del país. Según Samper, el régimen colonial fue un modo particular de resolver ese problema, manteniendo esa heterogeneidad territorial y controlando los antagonismos por los procedimientos de la violencia absolutista, de la superstición, de la esclavitud, etc. La República heredó una población y un territorio heterogéneos sin principio de unidad política y sin carácter nacional; la causa principal del problema reside pues, para Samper, en la inadecuación de las instituciones republicanas centralistas ante esta herencia colonial explosiva de una nación inexistente, de una población dispersa cuyo único lazo de unidad era la violencia física y moral.

¿Cómo hacer gobernable esa población? ¿Cómo crear una nacionalidad, una sociedad y un orden nuevos -pregunta Samper-, con un pueblo "pobre, abyecto, ignorante", "secuestrado de la vida universal, embrutecido por la tiranía, sujeto a la influencia perniciosa de la sotana y de la esclavitud, sin comercio, sin artes, sin escuelas, sin costumbres fijas ni carácter nacional (...) incapaz de proceder a virtud de un pensamiento radical que encaminase sus movimientos hacia el advenimiento de un orden social enteramente nuevo?". "¿Cómo administrar con acierto, cómo procurar el desarrollo de

7 Sergio Arboleda, **La República en la América Española**, Bogotá, Banco Popular, 1972 (citado en adelante: **LR**).

8 Ver, por ejemplo, Bernardo Tovar Zambrano, **La colonia en la historiografía colombiana**, Bogotá, **La Carreta**, 1984.

9 Los dos autores se proponen explícitamente el mismo objetivo: explicar el enigma de las revoluciones (y del atraso económico) de las repúblicas hispanoamericanas.

10 AHNG, p. 10.

la inmensa República de Colombia, a la sombra del más absoluto centralismo? ¿Cómo conciliar los opuestos intereses de tantas provincias, cuyas condiciones de todo género eran divergentes? Esto era imposible, y en breve lo demostró una dolorosa experiencia. Encadenadas regiones tan heterogéneas a un solo sistema legislativo y administrativo, se hizo necesaria la rutina de Colombia..."<sup>11</sup>.

Por eso Samper afirma que la "causa principal de las convulsiones" y del "desorden" está en el "vicio cardinal de todas las constituciones que ha conocido el país", pues todas han estado "calcadas sobre el principio centralizador"<sup>12</sup>. Este régimen reproduce el sistema político colonial absolutista, mantiene la violencia y la represión como principios de unidad y como modos de control de una sociedad heterogénea y dispersa. Faltaba pues, según Samper, encontrar otro principio de unidad colectiva, constituir la nacionalidad, fundar una sociedad nueva sobre la libertad política y civil y no sobre la violencia centralista: "hay situaciones en la vida física y moral, en que la armonía de las cosas no nace sino de su separación. Así acontece en las naciones cuando los pueblos que las componen, heterogéneos en sus intereses y necesidades, tienen precisión de moverse libremente en la esfera de sus tendencias peculiares, para alcanzar el desarrollo de su prosperidad"<sup>13</sup>.

¿Qué principio de unidad darle entonces a esta población heterogénea y qué régimen político adoptar que elimine las "causas" de la imposibilidad del funcionamiento democrático? La originalidad de la respuesta de Samper, en los **Apuntamientos**, reside en su liberalismo antijacobino: propone un principio de unidad nacional e instituciones políticas que permitan gobernar el conjunto, respetando a la vez la heterogeneidad, los particularismos territoriales y las libertades

individuales. Para Samper, ese principio necesario de unidad nacional dentro de la diversidad debe residir en lo político, y no en lo moral, ni en lo religioso o lo cultural; por eso, a sus ojos, el régimen federal responde a esos objetivos<sup>14</sup>. La "esencia de la nacionalidad" está pues en las leyes comunes aceptadas, en la Constitución que "resume la nacionalidad de Colombia". De ahí que, en su pensamiento, revocar una Constitución no sea solamente anular la República sino también la nacionalidad misma, pues equivale a destruir el principio que une lo heterogéneo y a anular lo que los colombianos tienen en común<sup>15</sup>.

## LA HETEROGENEIDAD ETNO-RACIAL EN EL "ENSAYO: UNA POBLACION INGOBERNABLE

Unos años más tarde, en Europa, Samper reanuda la búsqueda de las "causas" de la anarquía y publica en París su ensayo sobre las revoluciones. La base de su interpretación de la historia neogranadina es ahora la idea de heterogeneidad y desigualdad raciales de la población, cambio en el que se ha visto -erróneamente en nuestra opinión— la influencia determinante de Gobineau. La lectura del **Ensayo** indica más bien la huella profunda de las tesis del saint-simoniano Victor Courtet de l'Isle, autor de **La Science politique fondée sur la Science de l'Homme ou Etude des races humaines sous le rapport philoso-phique, historique et social**, publicado en París, en 1837, a quien precisamente se atribuye hoy la paternidad de la teoría gobiniana<sup>16</sup>. Antes de abordar el **Ensayo** de Samper, conviene pues dar un rodeo por las teorías de Courtet y de Gobineau; así será más fácil comprender la evolu-

11 **Ibid.**, pp. 25-30 y 55-56.

12 **Ibid.**

13 **Ibid.**, pp. 145-146. Ver también pp. 37, 87 y 146.

14 **Ibid.**, pp. 182 y ss.

15 **Ibid.**, pp. 139-141.

16 Courtet es considerado, gracias a los trabajos del historiador Jean Boissel, como el verdadero inspirador de **las teorías** de Gobineau, cf., Jean Boissel, **Victor Courtet, premier théoricien de la hiérarchie des races**, Paris, PUP, 1972.

ción y la lógica del pensamiento del escritor colombiano<sup>17</sup>.

La filosofía de Courtet desarrolla tres grandes ideas. Las dos primeras contienen sus tesis histórico-filosóficas y metodológicas: la otra es una deducción o aplicación de esas tesis. En la base de su sistema, Courtet sitúa la idea de raza, y más precisamente la idea de la desigualdad natural de las razas, fundamento de una filosofía nueva de la historia y de la ciencia política. Quiero mostrar, dice, "que el elemento fisiológico de las razas ha sido descuidado en el tratamiento de las grandes cuestiones de historia, de política y de filosofía. Quiero reparar este olvido, cesar esta exclusión". En la idea de raza, Courtet cree encontrar el elemento natural con el cual, según el deseo de Saint Simón y Comte, ciencia histórica y ciencia política llegarían a ser ciencias positivas y solidarias<sup>18</sup>. Para comprender pues la historia de una nación, hay que comenzar por el estudio de su composición racial; este examen mostrará que toda nación, en cada momento de su historia, es el resultado de una mezcla de diversas razas: "las naciones se constituyen por una mezcla de razas, se modifican por el cruceamiento de razas, se recomponen por una nueva mezcla de razas". Ahora bien, para Courtet, las razas como los individuos son desiguales, difieren entre ellas por sus capacidades físicas, su inteligencia, sus facultades<sup>19</sup>; lo cual implica, según él, que, si en una nación coexisten razas de capacidades desiguales, esta desigualdad explicará las disparidades sociales y políticas: "Cuando razas o individuos desiguales, se reúnen para formar una misma sociedad, las distinciones que se establecen en-

tre ellos, serán la expresión de sus facultades respectivas". La desigualdad natural explicará pues la desigualdad social y política entre razas superiores e inferiores; la raza "superior" dominará las razas "inferiores", como en los casos de los sistemas esclavista, feudal y de castas (en la India y en Hispanoamérica)<sup>20</sup>.

La tesis de la desigualdad racial desemboca así en una segunda idea: la fusión de razas, como clave de una teoría del movimiento histórico de los pueblos. Para Courtet, las mezclas entre las razas diferentes y desiguales que coexisten en una nación son el motor de su historia, de sus cambios sociales y políticos; esto significa que para comprender la historia de una nación, hay que estudiar la historia de la fusión de las diversas razas que la han constituido. Courtet sostiene que los cambios y las revoluciones sociales pueden ser explicados por una contradicción entre el estado de fusión de razas —es decir, el grado de heterogeneidad racial y de mezcla entre razas de capacidades desiguales— y el sistema de organización política y social: en la medida en que, en una nación, las razas superiores y dominantes tienden a mezclarse con las razas inferiores dominadas, la tendencia hacia la uniformación racial conduce a la contradicción del nuevo estado de fusión con los privilegios y posiciones sociales que correspondían al antiguo estado de la mezcla racial. Así pues, para Courtet, el mestizaje, la mezcla étnica y racial, y por lo tanto la transformación fisiológica de los individuos y de las clases, es la causa profunda de las revoluciones y transformaciones políticas y sociales<sup>21</sup>; porque la tendencia hacia la uniformación racial por la mezcla crea una con-

17 Sobre la influencia determinante de Gobineau parece haber un consenso total entre los estudiosos de la obra de Samper. Esta tesis parece evidente en razón de la estadiá de Samper en París en el decenio de la publicación (en 1853) del **ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas**. Ver, por ejemplo, Jaime Jaramillo Uribe, **el pensamiento colombiano en el siglo XIX**, Bogotá, Editorial Temis, 1982, pp. 40-41, 48-50; igualmente, Alfredo Gómez Muller, "L'image de l'indigène dans la pensée colombienne du XIXe siècle. La perspective de J. M. Samper", en **Pluralis**, No. 5, Paris, 1992, p. 31.

18 Para Courtet, como escribe Boissel, "política y ciencia de las razas no pueden ser disociadas, pues son dos polos de una misma realidad indisociable" (**Opus. cit.**, p. 86). \*La política, destinada a convertirse en una ciencia positiva, como lo deseaban Saint-Simon y Comte, debe establecer sus bases nuevas sobre la ciencia política del hombre: la determinación de los elementos étnicos de los individuos y de los pueblos (**Ibid.**).

19 Lo cual permite establecer, según Courtet, al interior del género humano y entre pueblos, razas e individuos, una graduación natural y una jerarquía social correspondientes a esas diferencias (La **Scicncie Politique**, pp. 361 y ss).

20 **Ibid.**, p. 139.

21 **Ibid.**, p. 392.

tradición entre la igualdad natural racial (homogeneización por el mestizaje) y la desigualdad de las condiciones sociales. Francia está en crisis, dice Courtet en 1837, porque el individuo, producto de sangre mezclada, ya no acepta la posición que le asignan el azar y el nacimiento: esa clase nueva de individuos en lucha contra la aristocracia es, evidentemente, la burguesía<sup>22</sup>.

De esas tesis, Courtet deduce la idea de una tendencia de la historia de las naciones hacia la homogeneización racial de sus poblaciones y, por lo tanto, hacia la igualdad social y la democracia: "La diversidad de origen (racial) implica una desigualdad natural de potencia, y de esta desigualdad resulta para las razas una clasificación (social) inevitable, que corresponde a sus desigualdades individuales de inteligencia. El acercamiento entre poblaciones diferentes enfrenta esas potencias respectivas, dando lugar a una distribución jerárquica de rangos. La unidad de origen, al contrario, supone una especie de homogeneidad de la población, lo cual lleva a ciertas condiciones de igualdad. Esta es, creo la verdadera clave de la historia social". Así, partiendo de una teoría de la desigualdad natural de las razas y de la ley de cruzamientos entre razas superiores e inferiores, este saint-simoniano llega a la conclusión de que el futuro de la humanidad es la era de la igualdad, es decir, de la abolición de los privilegios de nacimiento y de clase. En la igualdad de las capacidades que resultará de la mezcla interracial, Courtet ve, como lo escribe Boissel, "la promesa de la asociación y de la democracia universales".

La teoría de las razas de Courtet proclamaba ya antes de Gobineau, la superioridad de la raza blanca, y dentro de ella, de la germánica. Sin embargo, aunque admite que la fusión de razas produce un resultado inferior al aporte

de la raza "superior" (una degeneración racial), Courtet no ve allí una fuente de decadencia. Contrariamente a Gobineau, su visión es optimista, pues cree que la mezcla biológica de razas es el medio de civilizar y de elevar las razas "inferiores". Para Courtet, pues, el provenir de la humanidad está en la uniformidad racial y en la igualdad social, a las cuales conduce la mezcla constante e inexorable de las razas. Es aquí donde se aclara la profunda diferencia que lo separa de Gobineau; los dos parten de los mismos principios y de la misma dialéctica, pero sus conclusiones son inversas. Courtet, años antes de Gobineau, afirma que la ley de la mezcla racial conduce a la igualización y uniformación de los tipos raciales, de los instintos y de las instituciones; piensa que en ese proceso los caracteres de las razas superiores pasan a las razas inferiores y a las masas, creando así nuevas clases hasta llegar a la era de la igualdad natural (racial) y luego social (de méritos individuales y no de privilegios). Gobineau, que admite la tendencia inexorable constatada por Courtet, no la soporta; al contrario, piensa que el mestizaje equivale a la degeneración racial, a la decadencia y a la mediocridad, a la era de las masas: de ahí el carácter profundamente pesimista de su **Ensayo**<sup>23</sup>. Ahora bien, esa visión del mestizaje y ese pesimismo están completamente ausentes del libro de Samper; por eso, en nuestra opinión, la filosofía y el método que él aplica para explicar las revoluciones políticas no se inspiran en Gobineau sino directamente en Courtet<sup>24</sup>. Veamos, a la luz de las tres ideas de Courtet, el **Ensayo** de Samper.

En los **Apuntamientos**, Samper partía ya de la idea de heterogeneidad racial. Pero la diferencia racial es sólo un elemento estático de la heterogeneidad territorial; la noción de heterogeneidad racial no hace operar desigualda-

22 Ibid., pp. 312-313. Ver igualmente, Jean Boissel, op. cit., pp. 47 y ss.

23 Cf., Boissel, op. cit., p. 171.

24 Samper, que durante su estadía en París (hacia 1859-1862) fue miembro muy activo de las Sociedades de Etnografía y de

Geografía de esa ciudad, podía difícilmente ignorar el nombre de Courtet, cuyas tesis eran aún discutidas. Sin embargo, no menciona a este autor, ni a Gobineau; es verdad que no da referencias bibliográficas y reivindica su "originalidad": "creemos que hasta ahora ningún escritor ha tratado esta cuestión emitiendo las ideas que vamos a exponer; pero si acaso estas no fuesen originales, de todos modos se convendrá en que merecen ser consideración" (ERP, p. 67).

des o jerarquías entre razas; tampoco es operativa la cuestión de la fusión de razas. En el **ensayo**, al contrario, la heterogeneidad y desigualdad etno-racial es el fundamento del discurso: éste se construye en torno al eje de la fusión de razas desiguales y de los factores (naturales, sociales, políticos) favorables o desfavorables a su dinámica<sup>25</sup>. Para Samper, la fusión de las razas desiguales es irreversible; el movimiento tiende finalmente a la creación de una raza "mezclada" a través de la dialéctica de las revueltas y revoluciones que vencen los obstáculos institucionales y transforman las condiciones de las relaciones interraciales. La dinámica del contacto y de la fusión racial es pues la clave de la explicación histórica general.

Samper piensa, como Courtet, que para comprender la historia y las crisis presentes es necesario estudiar en detalle la composición etno-racial de la población actual, caracterizar cada una de las razas y castas<sup>26</sup>; y también que hay que estudiar la historia de las fusiones que produjeron la composición racial actual, y los factores que en el pasado favorecieron o bloquearon la fusión. Esto explica que buena parte del **Ensayo** esté consagrado a la caracterización de las cualidades y defectos de cada una de las razas y castas, superiores e inferiores, que componen la población y al estudio de la historia del contacto y de la fusión de las razas originarias. Como Courtet, Samper cree en la tendencia a la igualdad racial y social por la Mezcla irreversible de las poblaciones. Siguiendo la lógica de Courtet, ve en la introducción de "la sangre de los negros" un factor

positivo, pues esa importación de una "raza nueva" no sólo habría traído "una nueva fuerza", sino que habría acelerado "el advenimiento de la democracia por el mestizaje: en Hispanoamérica ve próximo el futuro de la igualdad social, "la solución del gran problema de la fusión, en cierta medida, de las razas humanas más diferentes", gracias a la creación de una nación mestiza, según él necesariamente democrática<sup>27</sup>. La democracia, para Samper, "es el gobierno natural de las sociedades mestizas. La sociedad hispano-colombiana, la más mestiza de cuantas habitan el globo, ha tenido que ser democrática, a despecho de toda resistencia, y lo será siempre mientras subsistan las causas que han producido la promiscuidad etnológica. La política tiene su fisiología (...) y sus fenómenos obedecen a un principio de lógica inflexible, lo mismo que los de la naturaleza física"<sup>28</sup>. Por eso Samper dice que el problema social está resuelto en Hispano-América, y afirma que los problemas son políticos y no sociales (social = racial); piensa que sólo falta establecer el acuerdo final -la armonía entre las instituciones políticas y la realidad de la composición racial mestiza de la población: en Europa, escribe, "la diversidad de lenguas y religiones, de origen y tradiciones, de instituciones y costumbres, en una palabra, de nacionalidad, constituye un poderoso obstáculo a la fusión, la dirección y el desarrollo de los pueblos (...) En el continente colombiano (...) no está pendiente la solución de ningún problema rigurosamente social (...) allí no existe ningún elemento de futuras complicaciones sociales. Los problemas son todos políticos..."<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> Hay que observar que al introducir estas clasificaciones raciales, Samper no innovaba, como tampoco innovaban Courtet y Gobineau. La idea de dividir el género humano en variedades, de clasificarlas según diversos criterios y de asumir posiciones en pro o en contra del mestizaje, ya es corriente desde el siglo XVIII y hace parte de los debates propios al desarrollo de la ciencia natural. La novedad de las tesis de Courtet está en la introducción de la desigualdad racial y de la fusión de razas como bases de la interpretación histórica. Sobre esta cuestión, y en particular sobre la posición ambigua de Kant sobre el mestizaje, cf., Tagguieff, "Doctrines de la race et hantise du métissage", en Nouvelle Revue d'Ethnopsychiatrie, No. 1, París, 1991.

<sup>26</sup> "Importa mucho que no se pierda de vista esa geografía de las razas y castas hispano-colombianas, porque en ella se encuentra el secreto o la clave de muy importantes fenómenos sociales y de casi todas las revoluciones que han agitado y agitan a las repúblicas de esa procedencia" (Samper, ERP, p. 69).

<sup>27</sup> Ibid., p. 292. "En Hispano-Colombia (...) no son las razas derivadas de una fuente común las que se han encontrado y mezclado. Jafet, Sem y Chan se han dado el abrazo fraternal en el Nuevo Mundo, tendiendo a reconstruir la unidad de la especie humana; más no la unidad estancadora de la uniformidad, sino (...) la armonía en la diversidad" (ibid., p. 76).

<sup>28</sup> Ibid., p. 76-77.

<sup>29</sup> Ibid., pp. 263-267. Precisamente que, para Samper, como para Courtet, 'nación mestiza' no significa nación racialmente homogénea o una nueva 'pureza' etno-racial. La población continúa siendo heterogénea, es decir, diversa individual, cultural hasta racialmente: "crear una sociedad mezclada", dice Samper, "era preparar la democracia de la sangre, punto de partida

Lo anterior señala la explicación de las causas del "caos" político neogranadino, objetivo final del **Ensayo**. Como Courtet, Samper lo interpreta por la dialéctica del desacuerdo entre la composición racial de la sociedad y las instituciones políticas que pretenden gobernar esta población. Por un lado, pues, el surgimiento de clases (razas) intermedias, portadoras de nuevos derechos, clases nuevas resultantes de la fusión de razas desiguales; y por otro lado, la contradicción de este nuevo estado de fusión con las instituciones políticas jerárquicas de dominación, vigentes pero correspondientes a la antigua composición racial de la población. "Nuestras constituciones, sean centralizadoras o federativas", escribe Samper -como ya lo decía en sus **Apuntamientos**, han imitado "en cuanto al poder ejecutivo, las formas tradicionales de la monarquía o de los gobiernos unipersonales" revelando así "una errónea comprensión de los caracteres esenciales de la república democrática, y un olvido completo de las condiciones físicas y etnológicas del hispano-Colombia". Las causas profundas de la inestabilidad republicana residen pues en ese contraste entre las instituciones absolutistas y represivas del pasado, aún presentes en las instituciones republicanas, y la composición heterogénea de la población; "las causas generales de las revueltas" dice Samper, "viene de mucho más atrás que el militarismo": "las causas estaban en la composición misma de la sociedad -la más incongruente que se puede imaginar- y en la esencia del régimen colonial. La sociedad, compuesta de tantas razas y castas en antagonismo, entrañaba el germen de la democracia, pero la nación tenía que pasar

por dolorosas crisis antes de superarse (...) Cada revolución o guerra civil no es más que un nuevo combate armado entre la Colonia, que resiste y quiere vivir (...) y la democracia (...) Las luchas no acabarán sino el día en que la **Colonia** haya sido arrancada de raíz y pulverizada, desapareciendo el dualismo de tendencias enemigas<sup>30</sup>. Las causas del "caos" republicano son, en conclusión, anteriores a 1810: "No es la democracia sino el régimen colonial la causa de tales disturbios"<sup>31</sup>.

La revolución de independencia se explica entonces por la misma dialéctica de la lucha interracial y por el proceso del mestizaje<sup>32</sup>. La transformación de la composición racial hacia inevitable la revolución de independencia: "un pueblo mestizo y nuevo -escribe-, no habría tolerado jamás dinastías ni aristocracias (...) Y vivir codeándose con una aristocracia, cuando ésta es el contrasentido de la composición social, es cosa imposible; a no ser que se tome por la vida la guerra social y la insurrección permanentes. Allí donde la naturaleza y el tiempo han creado ciudadanos negros, blancos, amarillos y pardos, destinados a vivir juntos, la república democrática es la única forma racional. La revolución hispano-colombiana fue, pues, muy lógica, sabia y previsora al proclamar y establecer esa fórmula política y social"<sup>33</sup>. La independencia sólo podía ser retrasada por políticas contrarias al mestizaje, o por fusiones menos intensas: "dondequiera que la mezcla de las razas había sido menos intensa y que el elemento **español** preponderaba, la revolución se retardó algunos años (...) Esto prueba (...) que el gobierno español, al

de la democracia de las ideas y del derecho. Allí donde las razas no puede alegar pureza, ninguna puede aspirar a la supremacía; todos los intereses vienen a ser complejos, y el régimen de la igualdad se hace también la única organización posible' (Ibid., p. 192). No se trata pues de homogeneidad del tipo humano o del color de la piel. Lo que el mestizaje borra es la desigualdad de capacidades intelectuales y físicas. La fusión racial trasmite y difunde los caracteres propios de las razas, conduciendo a una homogeneización de inteligencia y de capacidades: ya no hay "inferioridad" (ni "superioridad") de orden racial. Lo que Gobineau no admite es precisamente esta "homogeneidad en la mediocridad", pues estima que toda fusión de razas desiguales da un producto inferior al aporte de la raza "superior".

30 Ibid., pp. 201-202. Samper no olvida otras grandes dificultades (económicas, religiosas, etc.). Pero todas toman su sentido del argumento central de la heterogeneidad y desigualdad raciales (cf., Ibid.).

31 Ibid., p. 55.

32 "Todo mestizo quedó implacablemente excluido de las ventajas de la vida social y de los puestos públicos, aún los más subalternos. Y la intolerancia imprevisible llegó a tal extremo, que aún los hijos puros de españoles, nacidos en Colombia (los llamados criollos) fueron tratados como de raza inferior" (Ibid., p. 37).

33 Ibid., p. 174.

adoptar instituciones que hicieron inevitable el cruzamiento de razas muy distintas, al mismo tiempo que las ponían en un antagonismo artificial, preparó, sin pensarlo ni quererlo, el gran drama de la revolución colombiana”<sup>34</sup>.

## LA IDEA DE HETEROGENEIDAD ETNO-RACIAL EN LA REPUBLICA DE SERGIO ARBOLEDA

### La visión aristocrática de lo político en Sergio Arboleda

Aunque menos elaborada que la de Samper, la visión de Arboleda es, en el fondo, una interpretación racial de la historia; para él, también la raza es un factor fundamental de la historia colombiana<sup>35</sup>. Para explicar el movimiento histórico y los conflictos políticos, los dos autores se interrogan sobre la adecuación entre la composición (y distribución territorial) de la población y las instituciones destinadas a gobernarla (es decir, a controlarla). En esa población ven una masa amenazante, turbulenta, potencialmente explosiva, porque es racialmente heterogénea; los conflictos sociales y políticos (y económicos) son vistos así desde el ángulo de la frustración de las aspiraciones de razas diferentes y desiguales: razas peligrosas, clases peligrosas. En el fondo, pues, los dos plantean el problema de la soberanía y del poder a partir del examen de la dinámica de la composición etno-racial explosiva de la nación; uno y otro se preguntan ¿qué tipo de unidad y qué tipo de gobierno convienen para controlar esa masa aparentemente ingobernable? Pero, a partir del mismo enfoque de la heterogeneidad racial y del mismo interrogan-

te consiguiente sobre las formas adecuadas del poder, Samper y Arboleda llegan a conclusiones totalmente diferentes, que reposan en filosofías políticas fundamentalmente opuestas.

Los dos autores afirman la necesidad de estudiar previamente la “filosofía” y el carácter de la población, como condición para conocer el régimen que les conviene y, al mismo tiempo, las causas de las revueltas políticas. “Para descubrir esas causas es preciso estudiar nuestros pueblos a la luz de su propia historia y teniendo en consideración su carácter, su posición, las razas que los componen y sus diferentes maneras de vivir”, dice Arboleda desde el comienzo; hay que “constituir la República de conformidad con lo que somos física, moral y socialmente”<sup>36</sup>. Como Courtet y Gobineau, los dos autores niegan la universalidad de las instituciones políticas y afirman la necesaria adecuación de éstas al carácter propio de las naciones; de esta manera, rechazan radicalmente el racionalismo político de la ilustración europea, y le oponen una visión romántica de la historia y de la política, visión que plantea la especificidad de las naciones y que niega la existencia de instituciones políticas racionales y genéricas<sup>37</sup>. Es un error pensar que “la humanidad es la misma en todas partes” y que “instituciones iguales harán pueblos iguales”, escribe Arboleda; piensa que es al revés, y en esto no se diferencia de Samper<sup>38</sup>. Son los caracteres específicos de las naciones los que determinan la naturaleza de las instituciones que les convienen: “la humanidad presenta tanta variedad en la fisonomía y caracteres de los diversos pueblos como entre la figura y genio de sus individuos. El legislador que aspire a hacer la felicidad de su patria, no debe, por

<sup>34</sup> **Ibid.**, p. 147. Ver también p. 64 y pp. 163-164.

<sup>35</sup> Como Samper, Arboleda busca explicar las causas de la anarquía que hace medio siglo ‘atormenta al país y a las naciones hispanoamericanas’ y ‘que ha llamado seriamente la atención de los hombres que en uno y otro continente se interesan por la suerte de la humanidad y se ocupan en el estudio de las causas que producen el malestar político y la desorganización social de los pueblos’. Desde las primeras páginas se pregunta: ‘¿Y cuáles son las causas de esta anarquía y cuáles los medios de ponerle término?’ (LR, pp. 37-38).

<sup>36</sup> LR, pp. 39 y 48.

<sup>37</sup> En este sentido, las visiones históricas de Samper y Arboleda pueden ser calificadas como ‘románticas’, como lo fueron las de Courtois y Gobineau (sobre este tema, cf., Boissel, op. cit., pp. 147 y 175). Pero esto poco tiene que ver con los criterios con que se clasifica como ‘románticos’ a los dos autores colombianos.

<sup>38</sup> LR, p. 99. En estas críticas, Arboleda se refiere seguramente a las ideas de Montesquieu.

tanto, estudiar sólo las leyes generales que rigen al hombre, sino investigar, además, cuidadosamente las peculiares del pueblo, que va a constituir (...) las instituciones políticas y civiles deben, por lo mismo, variar tanto como los pueblos..." Idénticos en lo anterior, Samper y Arboleda van sin embargo a diferir en su interpretación del control de la heterogeneidad etno-racial. Estudiemos más de cerca el discurso de Arboleda.

Para llegar a su objetivo, Arboleda se pregunta ¿qué somos? ¿qué tenemos en común? Exploración que lleva a la constatación determinante de la heterogeneidad y desigualdad etnorraciales de la población<sup>39</sup>. Lo cual plantea a sus ojos un problema doble, que ya encontrábamos en Samper, en el que se resume el problema político: 1) ¿qué principio de unidad (nacional) darle a esta población explosiva que todo tiene de separar, puesto que "la variedad de razas en una sociedad, es un peligro permanente de antagonismos y discordias"?; 2) ¿qué régimen político (qué tipo de orden político) conviene a esa situación específica?

Para resolver al primer problema, Arboleda distingue y opone dos tipos de unidad nacional que podríamos llamar unidad por lo social y unidad por lo político. El primero une lo heterogéneo por elementos morales y culturales comunes; el segundo establece ese lazo indirectamente, por las instituciones y leyes comunes. Arboleda sostiene que el principio de uni-

dad adecuado debe ser de orden social, prepolítico, no político, pues "querer sujetar a la misma ley hombres de distinto grado de inteligencia y de civilización, diferentes por su origen, por su educación y aún por sus instintos y pasiones, es intento tan necio como el de establecer relaciones pacíficas y amistosas entre los lobos y los corderos". Ese lazo de unidad se encuentra, según Arboleda, en la religión, la fe y la moral religiosas; por eso piensa que, "de todas las naciones que pudieran haber tomado a su cargo la colonización de estos países, España era la única capaz de formar esta sociedad, tal cual existe, de elementos tan heterogéneos"<sup>40</sup>. Con la fe y la moralidad religiosas, España habría dado a las "cuatro capas o clases superpuestas y subdivididas en otras muchas (que) componían la sociedad colonial"<sup>41</sup>, un principio de unidad dentro de la diversidad y la desigualdad: "Dígase lo que se quiera, la colonia nos legó pueblos constituidos sobre firmísimas bases, y bien organizados en lo moral, lo social y lo civil, aunque su constitución y régimen como todas las instituciones humanas, adolecieran de faltas y lunares (...) España nos dejó buenas costumbres, admirablemente constituida la familia, hábitos arraigados de respeto a la autoridad y de consideración a la mujer, un clero vistuoso, creencias religiosas morales y uniformes, cristianizados y puestos en vía de civilización los indios y los negros, y unidas por lazos de sincera fraternidad todas las razas que se iban confundiendo en una sola y gran familia...".

39 Para Arboleda, la desigualdad de las razas es "natural": "En un país en que la desigualdad era un principio legal sancionado por el curso de trescientos años; en que la naturaleza misma hacia efectiva esta desigualdad por la división de sus habitantes en razas distintas y marcadas, y en que la legislación las tenía subordinadas unas a otras, la concesión de igualdad de derecho (...) no pudo menos que halagar las ambiciones vulgares" (*Ibid.*, pp. 338-339).

40 LR, p. 60. 'Mucho más sabía que la nuestra era en este punto la legislación española: reconociendo el hecho de la desigualdad de nuestras razas, trataba, no de darles una igualdad absoluta e imposible, sino la igualdad relativa, la igualdad de los resultados. Arreglaba pues las relaciones entre ellas...' (*Ibid.*, p. 348). "Aquí en América española, donde viven en sociedad común tan diferentes razas, bajo un clima y sobre un suelo que no dejan sentir nunca el agujón de la necesidad, ¿cómo será posible someternos al sistema representativo sin hacerle sufrir antes sustanciales modificaciones?" (*Ibid.*, p. 197).

41 Arboleda clasifica y distingue esas "capas" y "clases" sociales con un criterio esencialmente racial: "En primera línea hallamos la aristocracia nobiliaria, formada de españoles europeos y blancos criollos, mezclados en parte con la nobleza indígena. Esta clase, aunque menos numerosa, es la única que cuenta con los recursos morales, físicos e intelectuales necesarios para dar a la sociedad tono y dirección, y, por supuesto, la única responsable de la suerte del país. Viene inmediatamente después la que podemos llamar clase media, a que pertenecen los blancos no nobles, los mestizos, los indígenas que se han elevado de su situación ordinaria a más alto puesto en la sociedad, y, en fin, los mulatos y negros libres. Constituyen la tercera clase los negros esclavos, y la última y más numerosa los indígenas tributarios. Como vínculo entre todas figura el clero secular y regular que, aunque pertenece en su mayor parte a la raza blanca, está fuertemente matizada de las otras dos, y es por todas acatado, reverenciado y atendido" (*Ibid.*, pp. 84-85).

Así explica Arboleda el "caos" hispanoamericano, por el choque entre "la constitución social y moral dadas por las creencias católicas a los pueblos de América" y "las ideas de los gobernantes y las leyes positivas" (la "constitución política") que buscan destruir el único vínculo colectivo y el único freno de las pasiones<sup>42</sup>.

"Anulad la atracción y el Universo volverá al caos", afirma Arboleda, "relajad las creencias religiosas, única moral de los pueblos, y predominando las pasiones, estableceréis la anarquía. En el fragor y confusión de luchas sin concierto, la razón no será oída, y la fuerza física, es decir, el elemento bárbaro, la porción ignorante de los pueblos, por desgracia tan numerosa en estos países, tomará en sus manos el poder efectivo. Entonces se le subordinará la sociedad en lo político y se modelará en todo al gusto y a las pasiones de este nuevo y grosero soberano. He aquí lo que llamamos revolución social"<sup>43</sup>.

Vemos entonces lo que realmente separa las concepciones políticas de Samper y Arboleda: la cuestión de las formas del poder y del orden Político adecuados a la situación explosiva de la heterogeneidad y desigualdad entre las razas que componen la población. Ante este punto de partida común, los dos autores, que se dicen republicanos y demócratas, se plantean el problema del tipo de unidad (nacional) adecuado a la diversidad etno-racial y del régimen político que conviene. Para Samper, el princi-

pio de unidad debe ser de orden político; el lazo que une, en el que se reconocen y se identifican los miembros de la sociedad heterogénea, se sitúa en las instituciones libremente aceptadas. La nación se constituye pues por lo político, al nivel de las instituciones comunes democrático-federales (nacionales = federales, en este caso) que reconocen las particularidades y libertades individuales, étnicas, culturales, locales, etc<sup>44</sup>. Por eso para Samper, la religión, como todas las normas morales y religiosas y como todas las particularidades culturales, debe permanecer dentro de su esfera propia, esfera de lo privado (prepolítico); Estado e Iglesia pertenecen a esferas diferentes y separadas; por consiguiente, la Constitución política nada tendrá que incluir concerniente a la religión, a la iglesia, al clero. Para Arboleda, al contrario, toda nación se constituye por un lazo moral-religioso (la "Constitución política"); porque según él, "la ley moral es (...) el fundamento de la democracia, como de todo gobierno, y además, la regla a que debe someterse en el ejercicio de su poder". Esto es lo que explica que, para Arboleda, la religión y la moral cristianas hagan parte tanto de lo privado como de lo público, de lo social como de lo político; la "Constitución social" debe estar inscrita en el texto de la Constitución política: "...las creencias religiosas hacen parte esencial de la Constitución de los pueblos, y son la regla única de su moral y las creadoras de su civilización", y por eso "en materia de tan vital importancia, el indiferentismo es imposible, y (...)

<sup>42</sup> Ibid., p. 209. Arboleda distingue "constitución social" (o nacional) y "constitución política" de los pueblos, distinción corriente en la cultura política española en los siglos XVIII (en Cadalso y Fomer, por ejemplo) y XIX (en Jovellanos y Gavinet, entre otros). La expresión 'constitución social', próxima a la noción actual de 'identidad', se refiere al modo de ser, al "carácter", a "la interna estructura política, económica, jurídica, etc. de un pueblo políticamente organizado", como anota José Antonio Maravall (cf., 'El sentimiento de nación en el siglo XVIII: la obra de Fomer', en *Revista de Torre*, No. 57, Puerto Rico, 1967, p. 56). Tiene un sentido historicista, puesto que afirma la singularidad de las naciones o pueblos (cf., Maravall, Ibid., pp. 55-56; ver también, del mismo autor, 'Mentalidad Burguesa e Ideas de la Historia en el Siglo XVIII', en *Revista de Occidente*, No. 107, Madrid, 1972, p. 276).

<sup>43</sup> Ibid., p. 119.

<sup>44</sup> Allí, 'donde las razas son puras' o forman 'una masa homogénea', dice Samper casi copiando a Courtet, todos se sienten igualados por la sangre: "las aspiraciones toman un giro que conduce a crear aristocracias de diverso género, cléricales, guerreras, etc. (ERP, p. 76). En "las sociedades resultantes de la fusión de razas antagonistas o profundamente discordantes", nadie puede reprochar a otro "impurezas de origen", "alegar la fuerza de la sangre" y pretender al predominio aristocrático: 'allí las instituciones tienen que reposar forzosamente en el principio democrático, es decir, admitir el concurso igual de todas las castas, abrirles vías comunes, anular todo antagonismo social, confundir los esfuerzos sin clasificación ninguna; so pena, en caso contrario, de suscitar y mantener la guerra civil en permanencia, alimentar el orgullo soberbio de los unos y la envidia de los otros, paralizar el desarrollo de todas las fuerzas o anularlas por su recíproca hostilidad. En resumen, la democracia es el gobierno natural de las sociedades mestizas" (Ibid., pp. 76-77).

establecerlo (el indiferentismo religioso) como principio constitucional es condenar la nación a la anarquía..."<sup>45</sup>.

¿Cuáles son, entonces, las instituciones adecuadas a tales circunstancias? La visión de Arboleda es en esto radicalmente opuesta a la de Samper; y esa oposición proviene de su concepción totalmente diferente de las nociones de "igualdad", de "desigualdad" y del movimiento de la fusión de razas. Para Samper (y Courtet), esas desigualdades son "naturales", físicas; pero en el largo plazo la fusión tiende a borrar las desigualdades raciales, acelerando el impulso hasta la democracia. La democracia igualitaria (y federal) está al final de la historia; mientras llega ese momento, Samper propone mantener las razas y castas aún "inferiores" bajo la "tutela" de la raza blanca "superior", sugiere políticas eugenistas y de inmigración selectiva tendientes a fortalecer el aporte de la parte blanca "superior" en la fusión de razas<sup>46</sup>. La visión política de Arboleda no contiene por su lado una teoría de la dinámica histórica de la fusión de razas; aunque la necesidad de favorecer el mestizaje y de montar políticas eugenistas<sup>47</sup>, no concibe una tendencia irreversible hacia la igualdad racial y política; al contrario, propone como solución una idea aristocrática de la "democracia"<sup>48</sup>.

Para Arboleda, la desigualdad entre los hombres es un dato natural; la desigualdad racial es pues una de esas desigualdades naturales. Confundiendo "desigualdad" con "diferencia" (e "igualdad" con "identidad"), estima que la "igualdad" entre los hombres es una idea absurda<sup>49</sup>; para él, la realidad natural sería más bien la "desigualdad", es decir, "la infinita variedad en la unidad", pues "una piedra no es igual a otra piedra". Con base en esa visión de

la desigualdad natural y en esa constatación de la heterogeneidad racial, Arboleda se pregunta: ¿quién debe gobernar?, y su respuesta será, evidentemente: los buenos y los sabios, es decir las minorías inteligentes y virtuosas<sup>50</sup>. Ahora bien, ¿cómo escogerlos y hacerlos responsables?: ¡por el principio democrático!, responde Arboleda, pues "la democracia es un artificio ingenioso para que gobierne la minoría y que el mayor número la apoye y sostenga con su fuerza física en el concepto de ser él quien gobierna"<sup>51</sup>. Así, Arboleda propone como solución un gobierno de tipo aristocrático sostenido por el voto de las minorías ilustradas y no por el sufragio universal, que considera inadecuado y peligroso; según él, el sufragio universal equivale "a pedir el voto de la parte ignorante, de la porción semisalvaje" de la población<sup>52</sup>, presa fácil de demagogos y caudillos.

## DE SAMPER Y ARBOLEDA A LOS AÑOS VEINTE Y A LAUREANO GOMEZ

A comienzos de este siglo, Soledad Acosta de Samper, viuda de José María, resumía en pocas líneas la representación racial de la sociedad colombiana y el discurso causal explicativo de los problemas del país que acabamos de estudiar en José María Samper y Sergio Arboleda. "Creemos firmemente -afirmaba- que el mal que en Suramérica experimentamos proviene de esa amalgama con razas contrarias a la caucásica; ese injerto de los blancos con los negros y amarillos, cuyo carácter, inclinaciones y modo de ser es completamente diverso y hasta enemigo de la civilización europea; ese injerto de pueblos heterogéneos, variables e ingobernables, ha producido este desorden, esta anarquía que nos impedirá por mucho tiempo gozar de paz"<sup>53</sup>.

45 Ibid., p. 234.

46 Cf., Ibid., p. 238.

47 I Jl., p. 185.

48 En el sentido de Platón en *El Político* y en *La República*.

49 LR, p. 174.

50 Ibid., p. 183.

51 Ibid.

52 Ibid., p. 188. Arboleda parece inspirarse de cerca en la visión platónica de la democracia, como una forma política degenerada. Soledad Acosta de Samper, citada por B. J. Caicedo, en B.H.A., Nos. 452-454, Bogotá, 1952, p. 356.

Pocos años más tarde, en los años veinte, el mismo modelo explicativo causal sigue vigente en los espíritus de las élites, inspirando nuevas interpretaciones de los males del país y de sus remedios. La búsqueda de las causas del atraso y de la inestabilidad política del país lleva una vez más al examen de la población y al estudio de la heterogeneidad y desigualdad raciales<sup>54</sup>. De nuevo encontramos el interrogante sobre la unidad nacional requerida por esa situación (vista como) peligrosa y sobre el orden político adecuado. Esas nuevas explicaciones raciales Presentan sin embargo diferencias interesantes con las de Samper y Arboleda, que aparecen en la comparación de los discursos; el caso de las famosas conferencias de Laureano Gómez son el mejor ejemplo para constatar al mismo tiempo la continuidad y las variaciones del discurso y del argumento racialista<sup>55</sup>.

Como Samper y Arboleda, Gómez se propone explicar el problema colombiano y para ello examina la naturaleza y el "carácter" de la población y del territorio: "Estos interrogantes van dirigidos a facilitar a la nación el conocimiento de sí mismos. El 'nosce te ipsum' (...) Sin ese conocimiento, la nación se conduce al azar; toma, a menudo, los más errados caminos (...) Cada cosa debe ser gobernada según su propia naturaleza; los pueblos no pueden ser gobernados si no se les regula según su carácter, para lo cual es preciso conocer ese carácter"<sup>56</sup>. La aplicación de ese método retrospectivo conduce a Gómez al descubrimiento de la heterogeneidad y de la desigualdad de

las razas que componen la población colombiana; así, constata que el "rasgo característico" de la mayoría de la población, es la mezcla etno-racial o el mestizaje de razas desiguales; en esas razas "mestizas" ve "estigmas de inferioridad" incompatibles con el progreso y con el orden político<sup>57</sup>: "Refiriéndose a nuestro estado etnológico, Murillo Toro dijo que entre nosotros todo era café con leche: unos más café que leche y otros más leche que café. Nuestra raza proviene de la mezcla de españoles, de indios y de negros. Los dos últimos caudales de herencia son estigmas de completa inferioridad. Es en lo que hayamos podido heredar del espíritu español donde debemos buscar las líneas directrices del carácter colombiano contemporáneo"<sup>58</sup>.

Más de cincuenta años separan los discursos esencialmente históricos de Samper y Arboleda, del discurso "científico" de Gómez, basado en determinismos geo-biológicos y en argumentos neodarwinistas. Esto explica seguramente sus diferencias a propósito de la causalidad racial en la explicación de los problemas del país. Como tantos otros intelectuales hispanoamericanos de fines del XIX y de comienzos del XX -particularmente en el cono sur del continente<sup>59</sup>-, Gómez interpreta los males de su país apoyándose en el positivismo de fin de siglo, nutriéndose en las teorías **racialistas** (y racistas) postdarwinistas, en las tesis biopsicológicas y antropométricas de Broca, en la antropología de Vacher de Lapouge y de Otto Ammon, en la psicología social de Le Bon<sup>60</sup>. Como Bunge, Arguedas, Ingenieros, etc., Gómez expresa un pesimismo desesperado basa-

<sup>54</sup> Cf., Aliñe Helg, *op cit.*, ver también, Meló, *op. cit.*

<sup>55</sup> Aquí nos limitaremos exclusivamente al pensamiento expresado por Gómez en esas conferencias: **Interrogantes sobre el progreso de Colombia**, Bogotá, Minerva, 1928. Anotemos que, evidentemente, en el intervalo entre Arboleda y los años veinte, el tema racial no desaparece.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>57</sup> Sobre la evolución de las tesis racialistas en el pensamiento hispanoamericano, tema muy instructivo pero nada explorado en Colombia, hay que leer el excelente libro de Martin Stabb, **América Latina en busca de una identidad**, Caracas, Monte Avila, 1969. Ver también Real de Azúa, *op. cit.*

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>59</sup> Antes de comparar las virtudes de las razas europeas con los defectos de las razas colombianas, Gómez escribe: "Puede percibirse que en cada pueblo hay un rasgo característico, que aunque enigmático, es persistente, arranca del pasado y subsistirá en el futuro a través de las peregrinaciones de la sangre y del espíritu" (*Ibid.*, pp. 41-42).

<sup>60</sup> "Los efectos inmediatos y remotos de la mezcla de razas son problemas dilucidados ampliamente por los etnólogos. Otto Ammon formuló una ley: 'En los mestizos se combinan las cualidades discordantes de los padres y se producen retornos hacia los más lejanos antepasados; las dos cosas tienen por efecto común, que los mestizos son fisiológicamente y psicológicamente inferiores a las razas componentes'. Las aberraciones psíquicas de las razas genitoras se agudizan en el mestizo" (*Ibid.*, p. 53).

do en un "diagnóstico" negativo del futuro: las características naturales, raciales y biológicas (y por ahí, psico-raciales) de la población son la causa explicativa del atraso y de la inestabilidad política<sup>61</sup>. Ese diagnóstico contrasta con las visiones más bien optimistas de Samper y Arboleda; para estos, el elemento racial no es la "causa" irremediable del mal: éste tiene su origen instituciones inadaptadas al problema de la cohabitación de razas desiguales. Para Samper y Arboleda la solución está en la transformación de esta población heteróclita en Nación (unidad nacional) y en la adecuación de las instituciones a la heterogeneidad racial (la forma de gobernabilidad): adaptar el régimen (el orden) a la composición y carácter de la población. Gómez, por su parte, parece sugerir, por lo menos en esas conferencias, que la única solución sería adaptar la raza y el carácter de la población a las exigencias de las instituciones republicanas y del progreso moderno<sup>62</sup>.

¡Somos un pueblo mestizo!, declaran Arboleda y Gómez<sup>63</sup>. En esa característica, que equivale a la heterogeneidad y desigualdad raciales, ven una realidad social fracturada y un problema: ¿Cómo gobernar esta población tan variada y desigual que todo separa? ¿qué tipo de unidad permitiría la convivencia de un pueblo mestizo? ¿qué vínculo nacional conviene a esa situación explosiva? Ninguno de ellos ve en el mestizaje un criterio posible de unidad nacional o de identidad, pues se trata preci-

samente del contrario: el mestizaje no puede unir ni identificar, pues para ellos una sociedad mestiza es problemática, el mestizo es ingobernable. Para Arboleda, el único punto de referencia común se halla en la fe y la moral religiosa<sup>64</sup>; con base en ese vínculo social mantenido por el clero y la iglesia, ve la posibilidad de un régimen político viable (un Estado aristocrático). Por su lado, Gómez, que en esas conferencias no menciona el tipo de régimen político adecuado al caso, manifiesta un gran pesimismo; en un pueblo mestizo no ve posibilidades de unidad nacional; peor aún, además de mestizo, Colombia sería un país de híbridos (mezcla de especies distintas): "somos un pueblo en donde el mestizaje (...) es preponderante (...) El mestizo primario no constituye un elemento utilizable para la unidad política y económica de América; conserva demasiado los defectos indígenas (...) Sólo en los cruces sucesivos de estos mestizos primarios con europeos, se manifiesta la fuerza de carácter adquirida del blanco. En las naciones de América, donde preponderan los negros, reina también el desorden (...) En los países en donde el negro ha desaparecido, como en la Argentina, Chile y el Uruguay, se ha podido establecer una organización económica y política, con sólidas bases de estabilidad. El mulato y el zambo, que existen en nuestra población, son los verdaderos híbridos de América. Nada les debe a ellos la cultura americana"<sup>65</sup>.

61 Este tipo de 'diagnóstico' es corriente en todo el mundo hispanoamericano. El peruano García Calderón resume lo que podemos encontrar igualmente en los argentinos Carlos Octavio Bunge, Lucas Arragary o José Ingenieros, o en el boliviano Alcides Arguedas: 'La cuestión racial es un problema serio de la historia americana: explica el progreso de algunos países, la decadencia de otros; es la clave del mal incurable que lacera a América. Por fin, muchos fenómenos secundarios dependen de éste: la riqueza general, la organización de la industria, la estabilidad de los gobiernos y la constancia del patriotismo. De manera que es necesario que el continente tenga una política consecuente, basada en un estudio de los problemas que plantea la raza, así como hay una política agraria en Rusia, una política proteccionista en Alemania y una política de libre empresa en Inglaterra' (Francisco García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, 1912, p. 327).

62 Cf., *supra*, nota 56.

63 Precisemos que para Gómez, como para Samper y Arboleda, 'pueblo mestizo' no significa pueblo homogeneizado por la 'pureza' de un tipo humano único salido de la fusión. Significa cohabitación de razas puras y mezcladas. Cf., *Supra*, nota 29.

64 Ya vimos que la posición de Samper es más sutil: la unidad nacional (instancia distinta del régimen político, que para él debe ser federalista y no centralista) debe ser indirecta; 'la democracia es el gobierno natural de las sociedades mestizas', sólo en las instituciones políticas descentralizadas los colombianos podrán reconocerse como pertenecientes a una misma comunidad (cf., *supra*, nota 44).

65 *Interrogantes*, pp. 54-55. Sobre 'la teoría darwinista del hibridismo' en las tesis de Carlos O. Bunge, ver Stabb, *op. cit.*, pp. 30 y ss.

## ¿CONTINUIDAD DE UN DISCURSO RACIALISTA O DE UNA REPRESENTACION DE LO POLITICO?

El propósito de los capítulos que preceden ha sido ante todo mostrar la continuidad del discurso **racialista** desde los primeros decenios republicanos hasta el segundo decenio del siglo actual, señalando al mismo tiempo la unidad de fondo y la diversidad de esa lógica discursiva. Del estudio de los tres autores se desprende como conclusión la unidad de la lógica causal racialista, y su diversidad a partir de interpretaciones diferentes de la heterogeneidad racial. Hay en Samper, Arboleda y Gómez, un mismo modelo causal por el que se explican los problemas del país examinando los rasgos raciales de la población.

Esos discursos **racialistas** pueden sin embargo ser observados desde una perspectiva aún más amplia, como modelos particulares de una lógica discursiva más general que constituye su condición de posibilidad. En efecto, como vimos, las clasificaciones y determinismos raciales intervienen en una argumentación causal más general que podemos resumir por la secuencia lógica siguiente: 1) cada uno de los autores busca comprender las "causas" de los Problemas persistentes del país (la anarquía, las guerras civiles, el atraso económico, vistos como "endémicos" y por tanto inexplicables); 2) para comprender esas "causas", el modelo causal propone un método retrospectivo, a saber, el examen de la composición y características de la población (los criterios de caracterización no han sido aún precisados); 3) por esa vía metodológica se llega entonces al elemento Propiamente racial, que desde ese punto de vista es todavía una **hipótesis** de trabajo; 4) las ideas de heterogeneidad y desigualdad raciales, propias al modelo racialista, son pues el resultado de una aplicación particular del método retrospectivo causal; estos elementos de clasificación, que resultan de la hipótesis racial, van a constituir la matriz común, a par-

tir de la cual se contruyen las argumentaciones causales propias a cada autor racialista (tal como vimos) y en función de sus interpretaciones respectivas de la matriz; 5) las posiciones políticas y las soluciones propuestas se articulan finalmente dentro de una lógica discursiva causal general, por la que se busca explicar y solucionar los problemas del país a través del estudio de la composición y del "carácter" (no necesariamente raciales) de la población. Desde ese punto de vista, pues, los discursos racialistas son casos particulares de una lógica discursiva más general.

Veamos más de cerca esa lógica causal general y algunas de las implicaciones que puede inspirar esta perspectiva más amplia.

En el fondo, los discursos histórico-políticos racialistas de Samper y Arboleda son expresiones: 1) de una concepción historicista de la ciencia de lo político surgida de los debates político-filosóficos de los siglos XVIII y XIX europeos; 2) de un método íntimamente ligado a esa concepción (que llamaremos "método retrospectivo" o "ipseísta"). En sus conferencias de 1928, Laureano Gómez enuncia claramente esa visión de lo político y el método que le es propio<sup>66</sup>. Por un lado, Gómez afirma el postulado historicista del determinismo político de los pueblos ("cada cosa debe ser gobernada según su propia naturaleza; los pueblos no pueden ser gobernados si no se les regula según su carácter"); por otro, el método retrospectivo que se deduce ("para lo cual es preciso conocer ese carácter": **"nosce te ipsum"**). De la aplicación de ese método intro-retrospectivo, que supone la posibilidad de definir con precisión el "carácter" de un pueblo, se deducirán entonces las pautas para la acción política, por una especie de efecto retroactivo (un "feed-back", diríamos hoy) que corrige los errores debidos a políticas inadaptadas a ese "carácter nacional"; Gómez lo expresa así: "De la consideración separada de esos factores (población y territorio colombianos) podemos deducir un conocimiento aproximado de su

viabilidad, y por lo tanto de su conservación. Después, si observamos la manera como la raza actúa en el medio, adquiriremos nociones sobre el grado en que nuestra nación se perfecciona y hasta qué punto llena la misión que le es inherente por esencia. El conocimiento aproximado de las deficiencias existentes y de las ventajas conquistadas ya, sugerirá la formación de ideas matrices y gobernantes, con arreglo a las cuales pueden estudiarse los problemas particulares y los fenómenos parciales de nuestra vida democrática"<sup>67</sup>. En síntesis, el método y la filosofía política que lo inspira son la vía real que conduce al conocimiento: a) de las instituciones políticas adecuadas a cada nación; b) de las instituciones inadecuadas, esto es, de las "causas" del desorden y del atraso.

Esa filosofía política y ese método son comunes a Samper y Arboleda. La afirmación del determinismo político de los pueblos es en ellos central, como vimos<sup>68</sup>. Se oponen al cosmopolitismo político del siglo XVIII (de Montesquieu en particular); así se inscriben en el movimiento historicista, prerromántico y luego romántico, de reacción contra el pensamiento racionalista y universalista, contraponiéndose la singularidad de las naciones y la necesidad de que las instituciones que las rigen correspondan a su "modo de ser"<sup>69</sup>. Siguiendo la huella de ese movimiento antiuniversalista -que marcará profundamente la historia y el pensamiento político españoles<sup>70</sup>-, Samper y Arboleda articulan ciencia de historia y el pensamiento político y ciencia histórica, articulación evidente en su obra historiográfica; para ellos, como para la reacción anticosmopo-

lita romántica española, la historia se interesa por el proceso individualizador en el que se crea el carácter propio de un pueblo, conocimiento en el que se basará la acción política; la ciencia histórica no busca descubrir la naturaleza humana genérica detrás de sus manifestaciones particulares en los pueblos o naciones<sup>71</sup>. En este pensamiento, el valor de la historia reside en el conocimiento crítico del **quién** de la historia; el sujeto de la historia ya no son los reyes, ni los príncipes, ni los individuos, sino las naciones: el valor profundo de la historia está pues en el conocimiento crítico de las naciones, de su modo de ser (o carácter nacional) que lo distingue de las otras naciones, conocimiento por el cual se llega a la raíz de sus virtudes y vicios y a la manera de corregirlos<sup>72</sup>.

En esa visión de la ciencia política, articulada a la ciencia histórica, la condición de la acción política es el conocimiento del sujeto al cual se aplica: la población. Ese método propone pues el estudio del "modo de ser", de la composición y distribución de la población, del territorio en que vive, etc. De ese estudio retrospectivo vendrá luego: a) el conocimiento de los lazos que unen a la colectividad nacional, sin los cuales desaparecería; b) el conocimiento de las instituciones políticas adecuadas; c) la explicación del desorden que originan las instituciones inadecuadas; d) la deducción de los remedios y la "extirpación" de las causas del mal. Esta concepción de lo político aparece así como necesariamente polémica; pues por su construcción lógica, ese tipo de discurso crea un espacio antagonístico dentro del cual se sitúa ante las tesis adversas, definiéndose así por oposición a sus

67 Ibid.,pp. 11-12.

68 La política tiene su fisiología (...) como la tiene la humanidad, y sus fenómenos obedecen a un principio de lógica inflexible, lo mismo que los de la naturaleza física", escribe Samper (ERP, p. 77); "estudiemos nuestra manera de ser, para constituir la República de conformidad con lo que somos física, moral y socialmente", dice Arboleda (LR, p. 48).

69 Cf. supra, nota 42. Las expresiones "modo de ser" y "carácter nacional" son sinónimas en el pensamiento ilustrado y romántico español. En el siglo XVIII, como escribe Maravall, "se buscó preferentemente poner en claro el carácter o modo de ser (conceptos equivalentes en el pensamiento dieciochesco) de un pueblo, concretamente del pueblo español, para una vez conocido con precisión actuar eficazmente en su corrección" (op. cit., 1972, p. 273).

70 Es imposible, en pocas líneas, resumir la importancia de este tema en España y su pertinencia para la comprensión del siglo XIX colombiano. En un artículo en preparación intentaremos abordar ese tópico.

71 Recordemos que, con la introducción del elemento racial, Courtet pensaba hacer de la historia una ciencia natural; así mismo, la ciencia política llegaría a ser una ciencia positiva.

72 Ver Maravall, "De la Ilustración al Romanticismo: en pensamiento político de Cadalso", en *Mélanges J. Sarraih*, París, 1966; ver también Maravall, 1972, op. cit.

adversarios. Por una parte, el discurso afirma la necesidad de una correspondencia entre el "carácter" colectivo y las instituciones políticas, situando al mismo tiempo en el escenario histórico la dirección de las fuerzas capaces de sacar al país del drama y de salvarlo por esa adecuación<sup>73</sup>. Por otra parte, define su discurso por oposición a otras visiones del ideal sociopolítico que según esta lógica no son sólo inadecuadas y erróneas sino también generadoras del mal: la anarquía, las guerras civiles, el atraso, la violencia, son la prueba a contrario de la conformidad de las tesis; en esta lógica, los males no desaparecerán sino con la eliminación de las causas y de las fuerzas que sostienen las ideas y las instituciones inadecuadas.

Los ensayos histórico-políticos de Samper y Arboleda no son pues simples primeros intentos preacadémicos ("románticos") de una Historia (patria) Nacional aún politizada, ni sus autores sólo "historiadores de partido". Como las conferencias de Gómez, esos ensayos son gritos de alarma que no responden a un prurito erudito o a una curiosidad científica. Estos autores intervienen en el debate porque no soportan un estado general de desastre que les Parece absurdo e interminable; ante un problema crónico del que toda la colectividad exi-

ge una explicación, intervenir es para ellos un deber patriótico<sup>74</sup>. Los tres plantean el mismo enigma causal, bajo la forma de un contraste que sugiere el método retrospectivo. ¿Por qué -preguntan- instituciones democráticas semejantes no logran producir aquí idénticos resultados que en la América anglo-sajona? ¿Qué causas explican esa absurda cohabitación crónica de las instituciones democráticas modernas con la guerra civil, la violencia, el atraso, la miseria? ¿Está el mal en nosotros mismos, puesto que el modelo político no parece encontrar los mismos obstáculos con otras poblaciones? ¿Son pues esas instituciones inadecuadas a nuestro modo de ser y estamos condenados a no acceder a la modernidad? Para saberlo, estudiemos lo que somos, concluyen los tres autores; aparece entonces la hipótesis racial.

Pero el método no conduce necesariamente al racialismo. A todo lo largo de la historia del país, otros ensayistas y actores políticos han planteado el mismo interrogante y el mismo método, sin caer en el racialismo; lo que particulariza a los tres autores estudiados es esa hipótesis racial<sup>75</sup>. En 1849, Mariano Ospina Rodríguez planteaba el mismo contraste enigmático, pero no proponía "causas maléficas" raciales: ¿Por qué la República democrática

<sup>73</sup> Es en este punto en donde interviene la cuestión de la evaluación positiva o negativa de ese "modo de ser" (es decir, del pasado, de las tradiciones), y en donde aparecen las polémicas entre tradicionalistas y modernistas, al interior del modelo causal general. Este tipo de discurso no implica una posición determinada favorable o desfavorable ante los valores de la democracia y de la modernidad; al contrario, su lógica interna puede servir tanto para legitimar formas extremas de democratismo liberal, como formas más o menos represivas y autoritarias. Una de las maneras de combatir la democracia consiste en mostrar tomado, por ejemplo, la revolución francesa, que la soberanía de la mayoría conduce necesariamente al despotismo y al terror; otra consiste en mostrar las virtudes del sistema democrático, para luego contrastar sus exigencias con los valores tradicionales y las realidades culturales y/o humanas de la población juzgadas negativamente, concluyendo entonces en la imposibilidad de importar sistemas políticos ("foráneos") incompatibles con el modo de ser nacional; otra más consiste en mostrar la necesidad de un régimen autoritario sostenido por las masas populares y dirigido contra las minorías privilegiadas "pervertidoras" del sistema democrático; otra consiste en mostrar que el pueblo no está aún preparado para la democracia y que en ello residen las causas actuales de la anarquía y la violencia, de tal manera que la tarea de las élites ilustradas consistiría precisamente en 'regenerar' al pueblo, es decir, en destruir sus valores actuales pervertidores del sistema político y en reconstruir su 'manera de ser' colectiva (nacional): esta política de lenta palingenesia haría desaparecer con el tiempo los obstáculos al funcionamiento normal de la democracia...

<sup>74</sup> El impulso que lleva a Samper y a Arboleda a estudiar las causas del mal, es el patriotismo. "Este escrito", precisa el segundo, es motivado por 'el sincero voto de un corazón patriota' (**LR**, p. 49); "dictado por el sentimiento del patriotismo y del deber", dice Samper en sus **Apuntamientos** (p. 11).

<sup>75</sup> En 1883, interrogándose sobre las causas de la anarquía endémica hispanoamericana y empleando el método retrospectivo, Rafael Núñez duda de las hipótesis racial y del medio: "Tampoco el clima ni la configuración topográfica ejercieron, al parecer, esa influencia, si se tiene sólo en cuenta que la anarquía se volvió endémica bajo todas las latitudes, y tanto en el litoral como en los valles y cordilleras. Es posible que en las diferencias de razas primitivas americanas que se mezclaron con las razas de fuera, haya algo que mezcla la pena un detenido estudio; pero nosotros no contamos en este momento con los datos necesarios para examinar el problema, y apenas nos es dado hacer breves y aisladas apreciaciones" (Rafael Núñez, **Reforma Política**, V. I, p. 368).

representativa no produce en la América española efectos análogos, siquiera, a los que ha producido en los Estados Unidos? ¿Por qué estos principios de organización política, que, según la teoría, deben procurar el más vigoroso y rápido progreso en todos los ramos de la civilización, son estériles en la América Española, o más bien, por qué en lugar de unión y paz producen odios y guerras intestinas, en lugar de seguridad y confianza inseguridad y alarmas perdurables, corrupción en vez de moralidad? (...) Uno de estos hechos es preciso admitir: o las teorías son falsas, o existen causas permanentes tan poderosas que desvirtúan y neutralizan su influencia. La falsedad de las teorías no puede admitirse, puesto que su eficacia está comprobada en todos los Estados que constituyen la Confederación Norteamericana. Es necesario, pues, estar por la existencia de estas causas maléficas..."<sup>76</sup>. Más tarde, en 1895, Miguel Samper preguntaba, antes de criticar las tesis racialistas de su época: "Cuál es la maldición que parece pesar sobre nuestros países para que las constituciones se parezcan en la forma a las de los pueblos civilizados, mientras que los actos de los partidos y de los gobiernos desmienten las promesas hechas (...) ¿Por qué es tan distinta la suerte de latinos y anglosajones en América? ¿Por qué difiere en tan gran medida la obra respectiva de los unos y de los otros en una misma parte del mundo? (...) es tiempo, sobrado tiempo, de ocuparnos en estudiarlas para tratar de resolverlas"<sup>77</sup>.

Planteada así, sin embargo, como una interrogación sobre los factores humanos de bloqueo

de un sistema político-social ya probado y tomado como norma comparativa, la investigación desemboca necesariamente en la prospección de inaptitudes o de defectos de la población relativamente al funcionamiento normal de ese sistema socio-político<sup>78</sup>. La hipótesis racial aparece en ese marco, como una de las respuestas posibles a un interrogante causal que presupone la búsqueda de factores considerados como anormales relativamente a las condiciones de acceso a la modernidad política y social; por esta vía se llega a la estigmatización y exclusión de sectores de la población. El interés del estudio de la lógica del modelo racialista no reside pues tanto en la necesidad de denunciar tesis reprobables, como en el conocimiento de la metodología que la hace posible; por el mismo método, otros criterios no raciales pueden definir la singularidad (identidad) de la población, llevando a otros diagnósticos y a la ampliación del campo polémico en el que compiten tesis diversas de las "causas" y "remedios" de la imposibilidad del progreso y del orden<sup>79</sup>.

La introducción de criterios raciales de clasificación y de distinción de la población, así como el empleo de determinismos de orden racial, se justifican entonces por la premisa metodológica ipseísta-retrospectiva: "conóctete a tí mismo"<sup>80</sup>. Los discursos racialistas de Samper, Arboleda y Gómez aparecen pues como aplicaciones particulares de una visión de lo político cuyo método postula que las instituciones políticas deben ser adecuadas a la naturaleza del pueblo gobernado, so pena de desencadenar las fuerzas de la anarquía y de la violencia.

76 Mariano Ospina Rodríguez, *Escritos sobre economía y política*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1969, pp. 92 y ss.

77 Miguel Samper, *Escritos político-económicos*, Bogotá, Banco de la República, 1977, V. II, pp. 18 y ss. Con el problema contemporáneo de la violencia, el mismo interrogante, con su doble contraste, reaparece bajo el ropaje de la 'paradoja': cohabitación incomprendible de la violencia con las instituciones democráticas.

78 No sería difícil mostrar que la llamada "hipótesis de continuidad" de la violencia con las guerras civiles del siglo pasado, que según Malcolm Deas se está "convirtiendo en un lugar común", contiene la misma lógica que lleva a buscar en el carácter de la población un factor invariante explicativo de la larga duración del fenómeno.

79 Abel Naranjo Villegas escribía hace poco: "Los colombianos somos así. Somos con frecuencia perezosos, indolentes o apáticos. Sin ser idénticos, estos rasgos son a la vez efecto y causa del modo de ser peculiar del trópico. Inapetencias responsables de que se desperdicien muchas posibilidades nacionales" (*Lecturas Dominicanas*, *El Tiempo*, 5 de junio de 1988).

80 En 1903, el argentino Carlos Octavio Bunge, mostraba ese método, antes de encontrar las causas del atraso en las taras de las razas americanas: "El objeto que diría práctico de esta obra es describir, con todos sus vicios y modalidades, la política de los pueblos hispanoamericanos. Para comprenderla, debo antes penetrarme de la psicología colectiva que la engendra. Y, para conocer esta psicología, analizo previamente las razas que componen al criollo" (*Nuestra América*, 1918, p. 49).

Desde ese punto de vista, el examen del elemento racial es sólo una de las hipótesis posibles resultantes de la aplicación del método, no la única; el determinismo de los "caracteres nacionales" no se limita a los criterios raciales<sup>81</sup>.

La visión racialista distingue la población por dos aspectos: 1) la composición (y distribución territorial) racial; 2) las aptitudes naturales raciales. Del estudio concreto de esos aspectos de la realidad colombiana, los tres autores extraen los dos grandes elementos que constituirán la base matriz de sus tesis racialistas respectivas: la heterogeneidad y la desigualdad raciales de la población. Es así como se obtiene finalmente una representación global del mundo social colombiano, de su historia, de sus problemas y de sus soluciones, construida a partir de la composición racial de la población, un modelo racialista del cual los casos de Samper, Arboleda y Gómez son aplicaciones ejemplares. Esa representación está dominada por una idea: las características de la población obstaculizan la formación de una nación moderna; ¡no somos una nación! ¡hay sectores de la Población incompatibles con la construcción nacional! Según esa lógica, la solución definitiva del problema vendrá de la adecuación entre la heterogeneidad racial y las instituciones destinadas a unir, controlar, gobernar esa población fragmentada.

El modelo racialista ve el país como un compuesto heteróclito, sin principio de unidad po-

lítica, que debe ser reconstruido por la base. Se representa el mundo social como un campo en el que se enfrentan grupos sociales distinguídos entre ellos por un criterio "natural" (la raza), criterio explicativo de aptitudes y comportamientos de larga duración compatibles o incompatibles con la democracia y con la vida social moderna. En función de esos caracteres distintivos, esta visión divide la población en categorías sociales determinadas por su posición ante el problema de las causas del mal social; cada categoría es definida por un proceso lógico de estigmatización: responsable o inocente de los males de larga duración del país (anarquía, violencia, atraso, etc.) y de las tragedias vividas colectivamente. Las soluciones políticas propuestas estarán trazadas en esa representación excluyente.

## CONCLUSION

Entre los temas del debate actual sobre los problemas del país, el de la identidad nacional ha tendido a imponerse como uno de los más importantes y urgentes. El temor de la descomposición nacional por fenómenos nuevos explica en alguna manera este interés por el estudio de la identidad colectiva; por ejemplo, la afirmación de particularismos, la dependencia cultural, el impacto de los nacionalismos e integrismos en el mundo<sup>82</sup>. Sin embargo, la razón principal parece ser otra: existe la idea de que el examen de la identidad podría contribuir a despejar el enigma de la interminable y trágica crisis de este último medio si-

**81** Real de Azúa resume bien esa diversidad de determinismos y de "taras", "rémoras", "lastres" y "degeneraciones", en donde los ensayistas racialistas hispanoamericanos de comienzos de este siglo veían las fuentes de la "enfermedad" de sus países: 'las rémoras eran raciales, culturales, religiosas, sociales, geográficas, económicas, psicológicas y políticas, y ante ese lote, mediante el contraste con el desenvolvimiento triunfal de los Estados Unidos del Norte podía ser organizado con puntual simetría. Raciales eran sobre todo la heterogeneidad de aportes étnicos y sus desarmonías pero cada uno de esos aportes constituía un lastre especial: lo español y sus caracteres, el indio, el mestizo y el negro, dotados de precisas y desalentadoras, inamovibles etiologías (*op. cit.*, pp. 19-20). Señálemos, a este propósito, la riqueza lexical de Luis López de Mesa para designar las "causas del mal": "máculas", "atavismos", "anomalías", "dolamas", "defectos", etc. en *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, 1934.

**82** Este tema "no puede eludirse", estima Jorge Orlando Meló: "el tema es hoy esencial en Colombia, en términos del resurgimiento de formas de afirmación regional o étnica, de los procesos políticos que cuestionan nuestros cien años de soledad orientalista, de las perplejidades que provoca la crisis política y estatal que enfrentamos. ¿Hay una identidad nacional en Colombia, o se está disolviendo, amenazada, por un lado, por la cultura cosmopolita de los medios de comunicación transnacionales y por otro, por la afirmación de tensiones regionales o étnicas que pueden aumentar la crisis del sistema institucional?" ("Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad (notas para un debate)", en *Memorias del V Congreso Nacional de Antropología*, Bogotá, Colciencias, 1989, p. 27).

glo<sup>83</sup>. En esto, la función de la reflexión sobre sí mismos se distingue netamente de otros países: no se trata de un reflejo de protección o de afirmación de una percepción de la identidad colectiva amenazada por factores nuevos y extraños<sup>84</sup>. En Colombia, la encuesta sobre los rasgos constituyentes de la identidad nacional parece ser ante todo un instrumento para explorar y comprender los problemas del país. Cada vez más frecuente en la prensa y en los escritos de intelectuales e investigadores sociales, la pregunta sobre lo que significa ser colombiano expresa el desconcierto producido por una situación que parece absurda, pero también la convicción de que el estudio de lo que somos y de cómo llegamos a serlo llevará al conocimiento de lo que nos ha sucedido y a su solución<sup>85</sup>. Planteaba así, como la expresión de la frustración inexplicable de un ideal de vida social, la interrogación sobre la identidad nacional toma un sentido específico: se buscan rasgos del "carácter nacional", elementos de orden psico-social, cultural, biológico, que den cuenta de procesos socio políticos que parecen "anormales", puesto que el mismo sistema político parece funcionar sin esos efectos en otros países y con otras poblaciones<sup>86</sup>; en el fondo, se buscan así "causas" y causantes del bloqueo "anormal" del sistema democrático. Lo que esto tiene de interesante es que no es algo nuevo. Desde los tiempos de la Independencia hasta nuestros días, esa función explicativa del tema de la identidad palpita incansable en los escritos de políticos, ensayistas, investigadores, periodistas; se escudriñan los componentes y "caracteres" de la colectividad nacional, se lanzan hipótesis basadas en elementos invariantes (el somos violentos, por ejemplo), para

descubrir así el origen del bloqueo permanente del orden democrático y la vía de la "extirpación" definitiva de las "causas" del drama "absurdo" y "paradójico" colombiano<sup>87</sup>.

Los discursos racialistas de José María Samper, Sergio Arboleda y Laureano Gómez se inscriben explícitamente dentro de ese mismo propósito, como formas particulares de aplicación del mismo procedimiento etiológico; el principal interés de su estudio reside en que permiten apreciar claramente la lógica interna y las implicaciones teóricas múltiples de ese método retrospectivo identitario. Estos autores examinan a la lupa la población y aislan la característica racial, elemento a partir del cual interpretan la historia del país, explican el problema y proponen soluciones políticas adecuadas. De Samper y Arboleda a los debates de los años veinte y a su resurgencia reciente no hay, pues, solamente, la continuidad del tema racial y de formas racialistas de estigmatizar y de exclusión sociales; más a fondo, hemos visto la presencia, a todo lo largo de la historia del país, de una misma lógica discursiva causal, la persistencia obsesiva de un marco metodológico más general que posibilita ese tipo particular de representación de lo político, de los "males" del país y de sus soluciones.

Hasta qué punto ese género de discurso identitario ha podido penetrar la vida política y las ideas de los partidos es otra cuestión, que no intentaremos examinar aquí. Observemos sin embargo que esa forma causal identitaria de plantear problemas nacionales y de buscar sus soluciones, puede llegar a ser parte del problema mismo: en la medida en que logren consti-

83 Ibid., p. 46.

84 Cf., E.M. Lipinnsky, *L'identité française*, La Garenne, 1991, p. 3.

85 Por ejemplo, Fabio López, "Ensayos de cultura política colombiana", en Controversia, Nos. 162-163, Bogotá, 1990, p. 101.

86 Por esta vía se ha llegado hasta el extremo de ver en la violencia y en la guerra rasgos constitutivos de la identidad nacional. Dice, por ejemplo, Gonzalo Sánchez: "A mí me parece tremadamente dramático que no cuando uno mira a Colombia en el contexto de otros países, uno dice: en el Perú está el pasado inca que lo hace fuerte y le da esta identidad. México tiene su revolución que lo identifica. Y a los colombianos nos identifica lo que nos destruye: la violencia..." (Magazín Dominicinal, El Espectador, Bogotá, 27 de noviembre de 1988).

87 La frecuencia de la expresión "país paradójico" es significativa. La idea de "paradoja" manifiesta precisamente lo que se ve tomo absurdo: la cohabitación violencie^guerr^democracia. El informe de la Comisión de Estudios sobre la Violencia es explícito al respecto (p. 33). De ahí a la "cultura de la violencia", como rasgo ancestral explicativo de la larga duración del problema no hay sino un paso...

tuirse en representaciones efectivas de lo político y en que alcancen a inspirar la acción política, esas representaciones del "mal" -del "disfuncionamiento" social- podrán llegar a ser parte integrante de la creación y recreación del problema mismo que pretenden resolver. A pesar de lo que parece imponerse como una evidencia, los problemas no desaparecerán el día en que sepamos "qué somos", ni cuando descubramos la "esencia" profunda de "la colombianidad", pues esa encuesta identitaria es un círculo vicioso que no tiene sentido; el único

sentido que sí puede tener es el del impacto social y político de la contienda entre agitadores irreconciliables de la convicción de que esa idea sí tiene sentido. Mucho se avanzará en la comprensión de los problemas del país, el día en que se admite que las ideas son más que "paraguas" o superestructuras encubridores de "contradicciones más profundas", y en que se tome conciencia de que, en amplia manera, las interpretaciones identitarias de los problemas del país han sido parte del problema. Pero esto ya es tema de otro debate.